



SEGUNDA SERIE.—1858.

La infancia.

AÑO XVI 7.

LA INFANCIA.

El grabado que presentamos hoy á nuestros lectores es una linda composicion de Toni Johannot, que representa la infancia.

¡ Ahí está la infancia con todas sus gracias y sus alegrías. Ahí veis un hermano y una hermana que están enseñándose las flores frescamente abiertas, y las mariposas que vienen á aparecer en el azulado cielo; mientras que sobre el primer término otros dos niños juegan con el perro de la casa; humilde y dócil amigo, que sufre con la misma paciencia las caricias que los caprichos de ellos. Hacia el centro, esa cabeza bañada en la luz, es la de una jóven ¡cuya gloria está toda en su maternidad! Su mano derecha la deja abandonada al mayor de sus hijos, que ya tímido se medio oculta; hacia la izquierda el segundo hermanito mas jóven se halla todo ocupado con un bollo que está comiendo; en sus brazos lleva al mas pequeño que se sonríe alegremente. Mas abajo hay otra madre con su niño en las rodillas, á quien trata con una solicitud atenta de iniciar en las primeras lecciones que deben abrir su alma á la inteligencia y prepararle para la entrada en el mundo. ¡Dulce cuadro que el cantor de las mugeres, el célebre Legouvé, ha trazado en sus versos!

Nos proponemos en el discurso de este año presentar á nuestros lectores la carrera humana dividida en los cuatro periodos ó cuatro edades en que se halla ya dividida desde la mas remota antigüedad. Esta marcha y desarrollo de la vida ofrece una semejanza notable con el de la naturaleza en los climas templados. La primavera, engalanada con las nacientes hojas, recuerda las esperanzas alegres de la niñez; se halla en el calor vivificante del estío la imagen de la ardiente juventud llena de promesas; en las ricas mieses del otoño se ve la imagen de la edad madura en que el hombre llega á alcanzar todo su desarrollo, y recoge el fruto de sus esfuerzos; por último, en el helado invierno se ve una semejanza con la vejez misma en la naturaleza gastada y próxima á su fin.

FERNANDO BELTRAN.

ASESINO Y SUICIDA.

LEYENDA.

(Continuacion.)

VIII.—LOS ENMASCARADOS NEGROS.

El 11 de noviembre de 1700, una noche lóbrega, las calles de la ciudad de... estaban desiertas, y por tanto silenciosas. En aquel tiempo no se conocia el alumbrado, y las lámparas que ardían ante alguna imagen reverenciada por la piedad de los fieles, habían despedido sus últimos destellos.

A veces algunas ráfagas del viento húmedo de otoño gemían penetrando en las calles tortuosas de la ciudad.

Todos dormían, fiados en la tranquilidad acostumbrada de la poblacion.

Hacia ya algun rato que el reloj de la iglesia, especialmente en aquella época, debida al amor patrio de uno de los hijos de la poblacion establecido en Méjico, había dejado oír el vibrante y pausado tañido de las doce campanadas de media noche.

Veinte y cuatro horas antes de lo que referimos, en una casa de la calle Mayor, un anciano, el mismo de quien ya hemos hablado, conversaba afectuosamente con una muger que tendria como cincuenta años.

Era esta su nuera.

El anciano tenia buena estatura, fisonomía fría y severa, pero animada por una mirada dulce y bondadosa. Largos cabellos blancos caían á los lados de su frente, y daban á su fisonomía un aire venerable que infundía respeto.

Versaba la conversacion sobre los imperiales. De aquí giró naturalmente acerca de la ocultacion que se había visto precisado á hacer para poner en salvo su tesoro.

—He tenido la suerte de librar del enemigo mi fortuna moviliaria, dijo el anciano; me alegro de ello por tí.

—A Dios gracias, no está cercano el día en que yo la posea.

El anciano hizo un movimiento y levantó los ojos al cielo, y en seguida prosiguió:

—No olvides, hija mia, lo que te he dicho respecto á lo que posea.

—¿Por qué hablar mas de eso, padre mio?

—A mi edad, jamás somos bastante previsores. Escúchame. Mis cinco estuches están completos; hoy contienen un millón en oro. Cuando yo muera...

—¡Aun esa idea!

—Ya te lo he dicho, no me interrumpas. Cuando yo me muera los encontrarás en mi mesa de despacho. En las molduras que hay al lado de la puerta de entrada á mi despacho, donde están mis papeles, encontrarás dos sacos cada uno de los cuales contiene seis mil reales.

El anciano prosiguió enumerando de esta suerte lo que poseía con una gran seguridad de memoria.

Cuando concluyó la conversacion volvió á tomar su giro primitivo. El anciano abrazó afectuosamente á su hija y se retiró.

Esto pasaba la noche anterior á la de que referimos en este momento los sucesos.

La ciudad estaba desierta; ni un transeunte, ni un carruaje.

A la media noche, aparecieron dos sombras humanas en la calle del Moro; salían del huerto á donde condujimos al lector en uno de los capítulos precedentes.

Aquellos dos hombres marchaban con precaucion á favor de la oscuridad, costeano las paredes y las casas, y deteniéndose en cada esquina antes de volver.

Nada hablaban, y escuchaban con atencion en cuanto un ruido por lejano que fuese, llegaba á sus oídos.

El viento que soplabá con violencia, arrancó una ventana que cayó al suelo con grande estrépito. Los dos individuos quedaron inmóviles.

El silencio turbado un momento, volvió á restablecerse.

Ambos comenzaron otra vez á caminar ó mas bien á deslizarse á lo largo de los tortuosos rodeos de la calle.

No había trascurrido un cuarto de hora, cuando se en-

contraban frente á una casa de la calle Mayor próxima á la casa del Consejo.

Dieron vuelta á la esquina que forma la calle Mayor con una callejuelita, y se detuvieron á algunos pasos de una puerta escusada de comunicacion con las casas de la calle Mayor.

Mas no tocaron ni á la puerta ni á la cerradura, fijaron toda su atencion en el respiradero de la cueva. Buscaron á tientas, y al punto levantaron una losa que colocaron á un lado.—Una cuerda de nudos salió como por encanto de un saco. Fijada en uno de los barrotes del respiradero, fué arrojada á la profundidad de la cueva: un ruido particular anunció al parecer que la cuerda tocaba en el suelo.

Los dos individuos abrazaron con una ojeada los dos extremos de la calle.

A nadie vieron ni oyeron ruido alguno.

Algunos segundos despues la callejuela quedaba desierta como antes, y nada indicaba la presencia de las dos personas cuyas evoluciones acabamos de seguir.

Atravesaron la cueva en toda su longitud. Uno de los dos individuos tropezó contra un escalon. El otro siguiéndole de cerca, caminaba agarrándose á la chaqueta de su compañero para que le sirviese de guia.

—Ya estamos, dijo con una voz apenas perceptible, el que parecia dirigir la expedicion.

Subieron las escaleras. La union de una trampa construida en el suelo, fué recorrida con los dedos por los dos hombres. El uno encorvándose, levantó lentamente la plancha movable, hasta que se enderezó completamente.

La trampa se abria á una pieza que por sus utensilios y su vasta chimenea, era fácil reconocer por una cocina. El centro de aquella pieza estaba menos sombrío por el hueco de una puerta muy grande que la enviaba una especie de crepúsculo.

Volvieron á colocar la trampa con cuidado, pero por suavemente que se colocase, no dejó de producir un rechinar, que hizo mayor el sonoro eco de la habitacion.

Un profundo suspiro respondió á aquel ruido.

Detuviéronse los dos hombres como petrificados, dirigiendo la vista y el oído hácia el lado de donde venia el ruido humano que los acababa de sorprender.

Algunas palabras ininteligibles, eco de una vigilancia que queda en el sueño, siguieron á aquel principio de despertar.

Si se hubiese podido ver el rostro de aquellos dos hombres, hubiesen causado terror. Sus manos apretaban con fuerza un objeto que en aquel claro oscuro brillaba con reflejos metálicos.

Se adelantaron hasta la puerta que estaba franca, conteniendo su aliento, adelantando los pies con estrema circunspeccion, y graduando su presion. Desgraciadamente un tropiezo imprevisto hizo sonar el vibrante timbre de un utensilio de cobre.

—¿Quién va? exclamó la voz, espresion esta vez de la alarma de quien está muy despierto.

Los dos hombres se lanzaron..... A aquel arranque de tigres sucedió al punto un agudo chillido seguido de un ruido sordo, entrecortado por el ronquido de una agonía estertorosa.

Y el silencio se restableció mas profundo que antes.

Los dos individuos orientándose despues de algunos mi-

nutos de vacilacion, volvieron atrás y atravesaron el patio á donde daba la cocina. Entraron con las mismas precauciones en la habitacion que daba frente á la que acababan de dejar.

Vamos á precederles en ella.

Era una vasta alcoba, ocupada por una cama á cuyo lado habia una consola. Una lamparilla esparcia su pálida y temblorosa luz sobre los muebles, cuyos relieves proyectaba con la sombra, sin fuerza para disipar las tinieblas de los puntos lejanos de ese foco.

Junto al lecho habia un catre.

Las dos camas estaban ocupadas, la primera por un anciano, la segunda por una muger tambien de alguna edad, pero todavía vigorosa.

Un profundo silencio probaba el sueño de ambas personas. El aspecto del anciano era noble y severo, destacándose fuertemente el perfil de su rostro en la sombra que producía la luz de la lamparilla; la sombra de la cabeza se perdía en sombras graduadas. El conjunto formaba un bello cuadro de composicion sencilla, pero rico de colorido y de imprevisto efecto.

De repente la tranquilidad de aquel conjunto se turbó por la súbita irrupcion de dos personajes de aspecto repugnante.

Los dos llevaban en la cabeza casquetes de pieles, vestidos de negro, y ceñido el talle con un cinturón lleno de pistolas, puñales y cuerdas. Su rostro estaba enteramente cubierto con un carton calado unido al casquete, y que terminaba en su parte inferior, en una barba poblada.

El calado que ocultaba la parte superior del rostro, y la barba, que encubría la parte inferior, eran de color negro.

En cuanto llegaron á aquella habitacion los dos enmascarados negros quedaron inmóviles, contemplando los objetos y las personas, con la mano apoyada en el mango de un puñal.

Por mas que se asemejara esta escena real á las escenas de esta clase de que se abusa en los teatros, no era menos terrible.

Su entrada, aunque hecha con precaucion, habia alterado el silencio de la alcoba. Una baldosa del piso habia crujido sordamente bajo la presion del pie.

Este crujido turbó el sueño de la muger, que ocupaba la cama mas próxima á la entrada. Creyó al principio en una alucinacion; herida de estupor, abrió sus extraviados ojos; un grito de angustia quedóse anudado en su garganta. El enmascarado que la observaba con atencion, adelantó un brazo, y acompañó este gesto imperativo de dos palabras pronunciadas en voz baja y breve:

—¡Silencio, ó eres muerta!

La pobre muger comprendió la realidad del peligro. Se calló y quedó inmóvil conteniendo los violentos movimientos de su respiracion agitada por el terror.

Sin embargo, aquella voz imperiosa y amenazante, despertó en medio del caos en que se movian las sensaciones de aquella muger, una estraña reminiscencia. Creyó encontrar en ella analogía con una voz amiga. Pero no tuvo tiempo de fijarse en aquella idea, porque de pronto hizo un movimiento el terrible enmascarado y la tapó con la cubierta de la cama. Fijaron con una cuerda el cobertor á la cabecera de la cama, y sujetaron alrededor del cuello las dos manos de la anciana. La operacion estuvo hecha en un mo-

mento, y la pobre muger no pudo ni ver, ni hablar, ni medir la estension del peligro que se cernia sobre ella. No obstante, la percepcion de los sonidos no estaba completamente imposibilitada con aquella sepultura anticipada. La muger oyó en efecto la voz que la habia hablado, dirigiéndose á la persona que ocupaba la otra cama:

—*¡Tu dinero!—Silencio ó eres muerto.*

Un ruido confuso de pisadas, de suspiros ahogados, de palabras ininteligibles, siguió inmediatamente á la orden imperiosa.

Cediendo á la inspiracion de los sentimientos de humanidad que hacen olvidar el propio peligro, la muger exclamó:

—*¡No le mate vd! ¡Déjele vd. vivir!*

—*¡Ah! ¡bribon!* dijo aquel á quien parecia amenazar el peligro.

Esta fué su última palabra.

Al mismo tiempo uno de los dos enmascarados, volvió á donde estaba la muger.

—Si dices una palabra, mueres al punto, la dijo con voz terrible.

La pobre muger, en el paroxismo del espanto, se desmayó. Mas no tardó en volver en sí. Rechinamiento de cerraduras, ruido de puertas, de cajones, sonido de la plata, todo llegó á sus oidos, á través de la cubierta que la envolvía. Colocaron sobre el lecho un cuerpo duro y pesado.

—*¿El oro y la plata de tu amo están en esta habitacion?* dijo uno de los dos enmascarados.

La muger se calló.

—Habla, añadió el que preguntaba empujándole bruscamente.

—Sí, todo, respondió la muger.

—*¡Aquí hay poco!* dijo con voz desanimada el enmascarado.

—Pues no hay mas en otra parte.

—Se va á buscar, y desgraciada de tí si mientes; te va en ello la vida.

Este diálogo, hablado en español muy castizo, cambió al punto de carácter, y tomó un giro grotesco.

—Yo haber estado alojado aquí.

—*¿Vd?*

—Sí.

—Es imposible.

—*¡Imposible! ¿por cua? ¡Un comandant de place!*

—*¡Comandante!*

—*¡Sí. Chirugano machior Vurtemberg!*

—*¡Vamos, miserable! Tú seguido, ¡dinerro, el dinerro!*

—*¿Dinerro?*

—*¡Oh! ¡sacrament! ¡el dinerro!*

—Sí, he dicho lo que sé.

—Vamos á verro, y bartir tú seguido.

Tranquilizada la muger con quien se habia tenido aquella estraña conversacion, pensó en su amo.

—*¿No le habeis muerto, verdad?*

—*¡No!* replicó con un acento irónico el enmascarado, que pretendia ser vurtemburgés. *¡No! á él no tocarle: dorme.*

—*¡Duerme!*

—Sí, dorme; él se despertar depois.

La interlocutora no adivinó la verdad.

Una mano descansó en su garganta.

La víctima murmuró su supremo adios á la tierra.

El que le tocaba se puso á reir.

—*¿Qué edad tener tú? dijo.*

—Cincuenta y ocho años, murmuró ella.

—*¡Sincuenta ocho años, pueno!*

La mano se retiró y el hombre se alejó al parecer. Dos voces se oían hablar en voz baja.

—*¿La cesta? dijo el uno.*

—Aquí está, replicó el otro.

Las dos voces se aproximaron al pie de la cama y cambiaron entre sí palabras animadas é ininteligibles. Parecian discutir un partido definitivo respecto á la muger.

Algunos minutos despues, sus pies estaban atados al catre, y las manos, aseguradas de nuevo, no le permitian movimiento alguno. La cabeza quedó tapada. Un ruido de puerta y de pasos que se alejaban, sucedió á esta nueva precaucion. Pero ni en lo interior ni en lo exterior, ningun indicio pudo hacer sospechar una salida.

Dieron las tres.

La situacion de la desgraciada muger era intolerable. Sin embargo, no se atrevia á hacer un movimiento.

Dos horas pasaron aun. Un poco tranquilizada, hizo un esfuerzo la paciente, aflojó una cuerda, desvió la cubierta y respiró un poco. Todo estaba aun sombrío, pero el dia comenzaba á reflejar los tintes pálidos del crepúsculo en los vidrios de la ventana.

Atada en aquel lecho de angustias, llamó á media voz á su amo.

Nadie respondió.

Repitió otra vez levantando la voz.

El mismo silencio.

Mil reflexiones se agolparon á su cerebro. La semejanza de la voz que le habia hablado con aquella cuya huella buscaba, aquellas preguntas medio españolas medio tudescas; que se habian sucedido, los trages, los antifaces, su propio peligro, todo se trastornaba y revolvía en su inteligencia. Mas suponía que le habian prometido dejar á su amo.

Creyó que estaba realmente dormide, por medio de un narcótico ó de otra cosa que ignoraba.

Pronto disminuyó sus temores la luz clara del dia. Se levantó un vecino é hizo ruido. La muger le llamó pidiendo socorro.

Pasó otra hora, durante la cual oyó ruido de voces, pasos, y resonar golpes violentos en la parte exterior. Las puertas estaban intactas y sólidamente cerradas.

Algunas horas antes de que la muger, atada de aquel modo, se atreviese á hacer movimiento ó exhalar un grito, un individuo envuelto en una capa, montaba en un vigoroso caballo. Aflojaba la rienda, picaba espuelas, y salía de la ciudad de... dirigiéndose á la derecha, tomó un camino de travesía. Antes de internarse en él, detuvo su caballo y quedó inmóvil durante algunos minutos. Mas al punto emprendió su carrera, como hombre á quien le interesa mas avanzar que cuidar de su caballo.

La noche era oscura. A pesar de la oscuridad, avanzaba el ginete sin vacilar. A cierta distancia echó pie á tierra, ató su caballo á una encina y se metió entre la maleza, de donde salió al punto para volver á tomar el camino que habia seguido. Entró pacíficamente en la ciudad de... siguiendo al paso el camino que tres horas antes habia recorrido á todo el galope de su caballo.

IX.—LA CASA DE LA CALLE MAYOR.

En tanto, en la madrugada del 11 de noviembre de 1701, circuló un terrible rumor en...

Un anciano octogenario, el señor Esteban Alcázar, que había pasado la mayor parte de su vida ejerciendo honradamente las funciones de notario, había sido asesinado en su cama.

¿Qué móvil había podido guiar á los asesinos?

Alcázar no tenía enemigos. A su edad, que le ponía á cubierto de las pasiones humanas, no había podido crearse una enemistad bastante terrible para dar lugar á semejante venganza. Por otra parte, en el país no se conocen esas costumbres salvajes y sanguinarias de otros pueblos, en donde la *venganza* se trasmite de padres á hijos y de familia á familia.

¿Había sucumbido víctima de un error? no era esto posible. La ciudad de... no era bastante grande para que el crimen equivocase tan cruelmente las víctimas.

¿Eran malhechores que cediendo al cebo del robo, le habían cometido á costa de un doble asesinato?

Pero ¿de qué clase podían ser? Estrangeros, ¿les hubiese sido imposible penetrar en aquella casa del país? á nadie se le ocurría sospechar de ningún habitante. En las aldeas se conocen todos para que pueda haber equivocaciones. Se acusa directamente á una persona ó no se acusa á nadie.

La opinion pública vacilante iba de suposiciones en suposiciones, sin poderse detener en una conjetura verdadera.

La gente se agolpaba por momentos en las avenidas de la casa de Alcázar.

Como hemos dicho, todas las puertas estaban sólidamente cerradas, y la noticia del asesinato no había traspirado fuera mas que por los gritos desesperados de «socorro» de la criada.

Un vecino llamado Antonio fué el primero que oyó las voces todavía apagadas de la doméstica Ana Villa. Mas con lo que se oía bastó para esparcir la alarma.

No juzgando prudente el vecino penetrar en la casa antes de buscar refuerzo, fué precipitadamente á referir lo que acababa de saber: los primeros á quienes lo dijo tuvieron consejo. Los mas timoratos se inclinaban á dar parte inmediatamente á la autoridad judicial. Otros, mas resueltos, querian penetrar en la casa sin tardanza, calculando que su presencia podría tener buen resultado.

Se siguió el parecer de estos. Pero cuando quisieron entrar, resistieron las puertas con el doble obstáculo de las cerraduras y cerrojos. En vano forcejearon; en vano intentaron echarla al suelo; las llaves y los golpes no produjeron resultado alguno, y fué preciso, al menos por aquel momento, renunciar á penetrar por la entrada de la calle Mayor.

Dió una voz el consejo de entrar por la callejuela. La puerta tenía echado el cerrojo, pero no resistió á los esfuerzos reunidos de algunos hombres vigorosos.

Habiendo cedido la puerta pudo entrar la multitud.

Un horrible espectáculo se presentó entonces á su vista. En la habitación que estaba á continuacion de la cocina, había una muger tendida, ensangrentada, y en la que se veían las señales de la suprema lucha á que se había entregado defendiendo su vida contra el acero de los asesinos.

Su lecho en desórden estaba inundado de sangre que había corrido hasta el suelo. Anchas heridas desfiguraban su cuello y abrian su pecho. Su profundidad y las partes que interesaban, indicaban una mano tan vigorosa como resuelta.

Detúvose el tropel un instante, poseídos todos de la estupefacción ante aquel lúgubre cuadro. Parecía que el puñal de los asesinos existía todavía en aquella habitación, y que amenazaba á las existencias reunidas al pie del cadáver. La mirada de uno de los espectadores, tan profundamente conmovida, se dirigió al suelo. Un movimiento, una palabra, fijó la atencion en aquel nuevo indicio, y vino á recordar que á aquel crimen se añadía otro. Una huella ensangrentada se veía á distancia del lecho.

Apartáronse todos bajo el imperio de una sensacion de horror, y su pudo observar la sangrienta huella, que se presentaba, como el hilo de Ariadna, en aquel laberinto del crimen.

Siguieron los pasos acusadores que marcaban el paso de los asesinos. Aquellos pasos conducian al patio y á la habitación ocupada por Alcázar.

La habitación del antiguo notario recordaba las mas sombrías composiciones de Francisco Zurbaran. En la cama del amo había un cadáver tendido. Los blancos cabellos de la víctima estaban enrojecidos con la sangre. Una herida le dividía la mandíbula; en el cuello, en el pecho, surcos profundos señalaban el paso de un puñal de hoja ancha y cortante. La arteria carótida había sido cortada de una tremenda puñalada, que bastaba para haber causado la muerte instantáneamente. El rostro del venerable anciano se destacaba como el marfil sobre el blanco de la almohada, sus brazos colgando, sus manos estendidas y el arreglo de la cama indicaban una rápida sorpresa, que ni siquiera había dado lugar al instinto tiempo para luchar contra los ataques del puñal.

Al lado de aquel inerte cadáver, estaba la criada Ana, atada por los pies, de los banquillos de su cama. Sus manos, unidas al cuello, estaban sujetas con fuertes ligaduras.

Imposible le era moverse ni volver la cabeza hácia el lado de donde se encontraba el lecho de su amo.

Aquel cadáver ensangrentado y aquella muger atada se encontraban rodeados de un confuso monton de objetos de todas clases: todo el movilario, mesas derribadas, hojas de puertas de armarios, molduras, todo estaba trastornado y revuelto. La luz del día y los amarillentos reflejos de la moribunda lamparilla, se continuaban formando un colorido rojizo y triste, que armonizaba con los objetos sobre que se esparcía.

Los circunstantes, sobrecogidos de terror y espanto, se mantenían á alguna distancia.

—¿Qué ha sido de mi amo! dijo al punto la criada al hombre que acababa de desatlarla.

Señáronle el inanimado cuerpo de Alcázar. La desventurada, bajo la doble influencia del peligro que había corrido, y de la terrible realidad que veía, se sintió desfallecer.

Los mas atrevidos se agrupaban en el patio, en la habitación de la doncella Juanita, al pie del lecho del anciano notario, y los tímidos se detenían en el umbral de la puerta exterior.

De repente circuló una palabra por todos los grupos, y como un rayo penetró hasta en las piezas mas recónditas de la casa.

—¡La justicia! exclamaron.

En efecto, la justicia siguió el impulso de los curiosos.

Llegaba pocos minutos después de haber penetrado todos en la casa.

Un juez y un escribano iban acompañados de tropa. A su aspecto, se separaron todos. Conocíase que á los importantes comentarios iban á seguirse las minuciosas investigaciones de la justicia, que de indicio en indicio, de conjetura en conjetura llegó casi infaliblemente á descubrimiento de la verdad.

No se necesitaba mas que una palabra, para que aquella multitud, mas horrorizada que curiosa, abandonase el teatro donde se representó el drama de la noche del 10 al 11 de noviembre.

Cerráronse las puertas, los magistrados quedaron solos con las víctimas, asistidos de tres médicos que certificaron del estado del cuerpo del anciano notario y del de la joven que habia servido de prueba á los asesinos.

También certificaron, siguiendo las prescripciones legales, la estension, la naturaleza y el carácter de las heridas; en seguida se retiraron.

Los magistrados siguieron sus reconocimientos.

Vieron las huellas sangrientas que indicaban el camino de los criminales.

Observaron la forma delicada del pie que habia manchado con la sangre de la joven el tránsito de la cocina á la habitación del notario.

Al pie de la cama de la primera víctima se encontró la nariz postiza de un enmascarado, á la que estaban unidos algunos mechones de pelo.

Despojos del mismo género se encontraban hasta en las heridas.

Evidentemente, la robusta joven habia luchado contra el puñal de los criminales.

Las ligaduras de Ana se componían de cuerdas, cintas viejas y un pedazo de cuero de Hungría.

Un detalle que habia escapado á la multitud, fué recogido por la justicia.

Era evidente que antes de herir al anciano notario habian querido atarle.

Esta primera idea de los asesinos habia sido desechada por la de la necesidad de un asesinato.

Los armarios, el aparador, las cómodas, la mesa de despacho, tenían las señales de fractura y registro que no permitían duda alguna.

El robo era el fin, el asesinato el medio.

Restaba aclarar el punto relativo á la introduccion de los culpables.

De indicio en indicio se averiguó el camino que hemos trazado en la relacion de los sucesos del 11. La sangre, ese terrible conductor, guió también esta vez la marcha de la justicia.

Interrogóse á la criada Ana; refirió minuciosamente sus impresiones y los hechos demasiado profundamente grabados en su memoria para que omitiese ningun detalle.

Pero mas allá de la aparicion de los *enmascarados negros*, mas allá de lo que habia pasado en la alcoba, la criada no sabia nada que pudiese ilustrar á la justicia.

No obstante, el juez no se creyó bastante instruido, y volviendo á examinar cada detalle, hizo de ellos el objeto de preguntas que podian tener todas su importancia.

Quando llegó al diálogo chapurrado, cuyos términos hemos reproducido, salió del dominio de los hechos para consultar las impresiones de la víctima.

La doméstica volvió á hacerse cargo de aquella idea vaga nacida de la semejanza de la voz de uno de los asesinos con la de una persona á quien conocia. Pero esta semejanza la pareció tan absurda llevándola al terreno de la verosimilitud y como elemento de instruccion, que vaciló en decirla. Obligada á hablar, envolvió su respuesta en cierta reserva.

—A la verdad, no me atrevo á manifestarlo, ¡es tan imposible! dijo.

—Dígame vd. todo; lo que pase entre vd. y nosotros será el secreto de la justicia, si no fuera el origen del descubrimiento de la verdad.

—Pues bien, aquella voz, alternativamente de acento español y alemán, se parecía á la del señor.....

En cuanto pronunció un nombre, los agentes de la justicia, á pesar de su impasibilidad, no pudieron menos de cambiar una mirada entre sí, en la que la incredulidad se manifestó por una sonrisa.

En efecto, una suposicion basada en aquella semejanza, hubiese parecido ridícula y deshonrosa.

No obstante, la declaracion de la criada se recogió y consignó en el sumario.

—¿Cree vd. que el que se decia oficial wurtembergés fuese extranjero? dijo el juez.

—No señor, no, replicó la doméstica. La misma voz ha hablado con dos acentos.

—¿Y esa voz?....

—Era la misma que se parecia á la del señor.....

Y la criada repitió el nombre á media voz.

—Es extraño, dijo el juez, en quien se desarrolló el germen de una vaga sospecha. Y habiendo llenado su mision, se retiraron.

Instruyóse el sumario con actividad. Todos los extranjeros ó sospechosos fueron objeto de minuciosas investigaciones, que no dieron resultado. Parecia concentrado todo el drama en la casa de la calle Mayor. Los hechos preliminares y las consecuencias del crimen ejecutado no tenían ninguna relacion con la terrible noche del 11 de noviembre. El camino que habian seguido los asesinos para llegar á la casa no se descubria por ninguno de esos indicios, faros inciertos al principio cuya dudosa luz concluye por alumbrar la via que debe seguir la justicia.

No se descubrian tampoco las consecuencias de su triple crimen. En vano los comerciantes en el radio de veinte leguas fueron advertidos en cuanto á la naturaleza y forma de los objetos robados; en vano se desplegó una rigurosa vigilancia; en vano se pusieron en juego todos los medios para llegar á una revelacion. Parecia que era preciso renunciar al descubrimiento de los miserables que habian degollado al antiguo notario y robado su rico moviliario.

Dos suposiciones quedaban de todas las incertidumbres. O los ladrones habian desaparecido de la ciudad de..., ó temiendo que el uso de los objetos robados les descubriese, se abstienen aun de aprovecharse de ellos. Tanto en el primero como en el segundo caso, la justicia se encontraba en la impotencia. En efecto, ningun documento iba á aumentar el legajo del proceso.

Un dia, esa impotencia del juez para apoderarse del hilo conductor que debia ponerle en la pista de los culpables se

manifestó de un modo ruidoso. Fijóse un anuncio en las esquinas de***.

Estaba concebido, sobre poco mas ó menos, en estos términos:

AVISO IMPORTANTE.

«El juez real de la ciudad de*** hace saber al público, que se ha cometido un doble asesinato seguido de robo en la noche del 11 de noviembre de 1701, en casa del señor Esteban Alcázar, antiguo notario. Se requiere á todos los que tuvieran que dar alguna noticia á la justicia, para que se presenten en el juzgado.

«Se promete una gran recompensa al que pueda declarar quienes son los asesinos.»

Este anuncio se fijó en todas las aldeas inmediatas. La escitacion que contenía dió lugar en*** á comentarios y suposiciones; hiciéronse nuevas conjeturas mas no dió resultado alguno.

Nos equivocamos, hizo que recayesen sospechas sobre una porción de personas inocentes. Además del interés directo del robo, investigóse un móvil invisible y se llegó á hacer la pregunta de si no había en la familia algun heredero impaciente.....

Pero fué preciso desistir de este género de comentarios. Toda la familia parecia afectada muy vivamente para que ni uno solo de sus miembros diese margen á la sospecha.

Por poco tiempo se divulgó el rumor en los campos de las inmediaciones de que el autor del crimen era un recaudador, objeto hasta entonces del aprecio y consideracion de todos.

La justicia tenia alerta el oído, se apoderaba de todos los rumores y los pesaba en la balanza de la verosimilitud.

No inquietó á ninguno de los parientes del antiguo notario; respetó la libertad del recaudador. El crimen no provenia en efecto de una ni de otra parte.

En tanto la poblacion daba las pruebas mas señaladas de simpatía á la familia de la víctima. Uno de los amigos mas antiguos de la casa convidó á todos los parientes á una gran comida.

De esta manera les probaba que de ningun modo creia en la acusacion que habia pesado sobre la cabeza de uno de ellos.

El convite fué, como se colegirá, bastante lúgubre. La conversacion giró casi esclusivamente sobre el doble asesinato perpetrado en la noche del 11 de noviembre.

Demostó el anfitrión una profunda indignacion contra los autores del crimen. Derramó lágrimas cuando habló de las cualidades de la víctima. Su emocion produjo una sensacion tanto mas profunda cuanto que su carácter enérgico de todos conocido parecia escluir las manifestaciones de la sensibilidad vulgar. Todos le dieron gracias por el sentimiento que tomaba en aquel terrible suceso; cuando se retiraron le prodigaron afectuosos apretones de manos.

(Se concluirá.)

ALEJANDRO GONZALEZ.

subterráneo: la esplicacion es fácil. Algunas grutas exhalan en gran cantidad gas ácido carbónico. Brota este gas y se apodera del espacio hasta una altura de cerca de dos pies y medio, y penetrando los animales allí se ven rodeados por él, le aspiran y se asfixian, lo mismo que sucederia al hombre si permaneciese tendido en la gruta.

COSTUMBRES DEL TIROL.

A juzgar por los restos de animales fósiles, de animales acuáticos que se descubren sobre las mas altas cumbres del Tirol, este ha sido en otro tiempo un inmenso estanque marítimo. Por su induccion poética, Alfredo de Muset ha adivinado esta cuestion de geología, y la ha reasumido en uno de sus versos.

Ese pacífico Océano cuyas olas son los montes.

Tres grandes cordilleras de montañas atraviesan en semicírculo el Tirol entre la Alemania y la Italia: tres largos valles, el Innthal, el Etschthal y el Pusterthal se desarrollan en diferentes direcciones: tres rios principales serpentean tambien por allí: el Inn, que se precipita entre las rocas salvajes de Finsteriuuz; el Etsch que se dirige hácia el mar Adriático, y el Rhin que riega la orilla occidental del Vorarlberg.

Este mismo número tres, que aparece aquí cual una cifra fatídica, se encuentra tambien en la naturaleza de los aludes, avalanchas ó labinas. La labina está allí como en la Suiza, y mas aun que en la Suiza por la configuracion particular del suelo; y es un peligro de todos los años. Hay tres especies, y todas tres muy temibles: la *staublavina* ó torbellino, que se esparce en el aire en copos apiñados cual la arena del desierto al sopro del *simoun*; oculta el suelo y el espacio, y turba de tal modo la mirada del hombre, fatiga de tal modo sus esfuerzos, que no es raro el que los aldeanos acometidos de pronto por aquel huracan, abatidos por su violencia caigan y mueran á algunos pasos de su familia sin haber podido encontrar el suelo de su morada. La *schueclavina*, es la que se forma por las nuevas nieves, ó por las nieves que en la primavera se desprenden de su base. Conmueve la cumbre de los montes; crece al bajar, y se aumenta con todo lo que se halla á su paso, empero se desliza suavemente sobre su pendiente: se la ve venir de lejos; se puede preveer su caída, y algunas veces sucede que el pasajero sorprendido por ella, sentándose valerosamente sobre aquella ondulante pendiente llega como en un buen trineo hasta el fondo del valle. *Winlawine* es la mas terrible de todas, y es la que se levanta con un viento húmedo. Estalla en un momento con un estrépito parecido al del rayo: se precipita de lo alto de las montañas con la impetuosidad del torrente; muje; salta; arrastra en su carrera árboles y rocas. Cuando por desgracia encuentra al paso y en su misma direccion un pueblo lo hace polvo como si fuera un pedazo de yeso. Desde su primer movimiento esparce á lo lejos el terror, y lleva por todo su tránsito el luto y la devastacion; no se detiene sino en el fondo del valle, en donde se abisma, ó revolcándose sobre sí misma, cual un tempestuoso mar, se hace pedazos y se estrella en su último esfuerzo.

GRUTA DEL PERRO.—Los animales cuya altura es poco elevada mueren asfixiados inmediatamente que entran en este

Este es uno de los peligros del Tirol, empero un peligro accidental, fácil de evitar, y que en ciertos momentos puede dar á los que observan á distancia este fenómeno la emocion de un magnífico espectáculo. Esta es una de las escenas del invierno en las ásperas regiones del Tirol; pero en el estío, ¡qué calma idílica no se ve en el seno de sus valles; qué fresco verdor sobre sus agrestes laderas; que encanto ideal al borde de sus azulados lagos, al pie de sus encantadoras cascadas, en frente de las escarpadas rocas coronadas por los muros de una capilla ó por las almenas de un antiguo castillo y de esas cimas aéreas cuyos picos de hielo se reflejan al sol cual lanzas de acero, ó cual coronas de diamantes!

Cerca de Insbruck, la deliciosa ciudad de Insbruck, se alza una montaña de una forma singular, que se llama la *Frauhut*, y sobre la cual hay una tradicion de una estraña sencillez.

Despues del Diluvio, dice el pueblo tirolés, un rey y una reina de una raza gigastesca vinieron á establecerse en Inns-thal. Salidos de una lejana region habian atravesado una cantidad de soberbias comarcas. En su larga caminata nada les habia agradado tanto como el valle del Inn. Resolvieron pues, fijar su mansion allí, y el rey de los gigantes se edificó un palacio espléndido, un palacio de oro y mármol. Tenia un hijo muy jóven todavía, que era su mas dulce esperanza,



Habitantes del Tirol.

y á quien su madre amaba con idolatría. Jugueteeando un día en el valle cayó el niño en un charco, y volvió llorando por haberse ensuciado los vestidos. Para limpiarlos cogió su madre pan... ¡Pan!... ¡pan!... ¡ese producto del paciente labrador, ese don de Dios! De repente, en castigo de semejante profanacion se hundió el palacio; el rey y los gigantes fueron sepultados bajo los escombros; la culpable reina trasformada en una montaña para ser eternamente un testimo-

nio de la cólera del cielo contra los que ultrajan la liberalidad de la Providencia y el trabajo del labrador.

En Martinswan se halla la capilla levantada en memoria del emperador Maximiliano, que en una de las cacerías se vió salvado de un peligro mortal por un simple aldeano.

En Landeck se conserva el vaso de oro que el duque Federico, el hijo de Leopoldo, ofreció á los valerosos habitantes de aquella poblacion, cual un espléndido testimonio